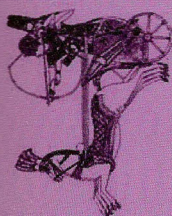


cuadernos del seminario *Walter Andrae*



Año Académico 2008-2009

Número 11



*Centro Superior de Estudios
de Oriente Próximo y Egipto*

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE MADRID



X SEMANA DIDÁCTICA SOBRE EL ORIENTE ANTIGUO

Petra y las ciudades caravaneras

*Gentes, mercancías y cultura
por las pistas de Oriente*

CICLO DE COMUNICACIONES Y LECCIONES
EXPOSICIÓN DIDÁCTICA
Y
ESTUDIOS

Cuadernos del Seminario Walter Andrae

Director: Joaquín María Córdoba Zoilo

Edición científica: Joaquín María Córdoba Zoilo y Alejandro Gallego López

Maquetación: Alejandro Gallego López y Montserrat Mañé Rodríguez

Domicilio Social:

Centro Superior de Estudios de Oriente Próximo y Egipto

Seminario Walter Andrae

Universidad Autónoma de Madrid

Facultad de Filosofía y Letras – Departamento de Historia Antigua

Cantoblanco

E-28049 Madrid

Tel: 914974569

Fax: 914973506

Imprime: PUBLICEP Libros Digitales

I.S.S.N.: 1577-1458

Depósito Legal: M-46310-2009

ÍNDICE

1. LECCIONES DE LA X SEMANA DIDÁCTICA SOBRE ORIENTE ANTIGUO: “PETRA Y LAS CIUDADES CARAVANERAS. GENTES, MERCANCÍAS Y CULTURA POR LAS PISTAS DE ORIENTE”	
C. Blázquez Petra de los nabateos. Descubrimiento, imagen histórica y aspectos religiosos de un reino árabe	9
M. Mouton Los monumentos funerarios más antiguos de Petra. Una tradición de la Arabia preislámica	21
A. del Río Los nabateos y el comercio en la Península Arábiga	31
J. M^a Córdoba <i>...et in media solitudine...</i> La ciudad y el reino parto-árabe de Hatra	43
M. Mouton Makaynûn y su territorio. La formación de un centro urbano en el Hadramawt antiguo	55
2. EXPOSICIÓN DIDÁCTICA Y ESTUDIOS	
A. Gallego Colecciones de referencia del Aula Antonio Blanco Freijeiro y su utilización práctica. La cerámica nabatea	69
J. M^a Córdoba Petra y las ciudades caravaneras. Gentes, mercancías y cultura por las pistas de Oriente - Textos e imágenes de la exposición	75
Vistas generales de la exposición	96
3. BIBLIOGRAFÍA GENERAL	97

PETRA DE LOS NABATEOS. DESCUBRIMIENTO, IMAGEN HISTÓRICA Y ASPECTOS RELIGIOSOS DE UN REINO ÁRABE

Carmen Blázquez Pérez
Universidad Complutense de Madrid

El descubrimiento

El descubrimiento de la ciudad de Petra, capital del reino de los nabateos, tuvo lugar en el año 1812 y no fue obra de ningún arqueólogo, sino de un explorador de origen suizo: Johann Ludwig Burckhardt. Hasta entonces, Petra era una ciudad “fantasma” que aparecía mencionada en las fuentes antiguas, pero de la que se desconocía su emplazamiento exacto. A comienzos del siglo XIX, Burckhardt fue contratado por una sociedad británica para adentrarse en las desconocidas regiones del interior de Egipto, una empresa difícil y peligrosa pues debía recorrer zonas donde los viajeros occidentales no eran bien recibidos. Por esta razón, Burckhardt decidió estudiar el Corán y la lengua árabe y vestirse como un musulmán; además, una vez convenientemente preparado y antes de viajar a Egipto, recorrió parte del Próximo Oriente -que por aquel entonces también formaba parte del Imperio Otomano- para probar la eficacia de su aspecto y conocer a fondo las costumbres de los pueblos islámicos.

Estando en el territorio de la actual Jordania oyó hablar de una antigua ciudad oculta entre montañas impenetrables y, llevado por la curiosidad, decidió ir a visitarla. Tuvo que inventar una estratagema para poder llegar hasta allí, pues la región estaba en manos de tribus beduinas hostiles ante la presencia de cualquier extraño; el ardid consistió en hacerse pasar por un peregrino que deseaba hacer un sacrificio en honor del profeta Aarón, el hermano de Moisés, que según la tradición estaba enterrado en la cima del Jebel Harun, una montaña muy cercana a este misterioso lugar. Así fue como, acompañado de un beduino de la zona, Burckhardt -que se hacía llamar Ibrahim ibn Abdallah- fue el primer occidental que pudo recorrer brevemente los restos visibles de Petra, que él identificó correctamente como los de la ciudad nabatea de la que hablaban los autores antiguos, a pesar de que el miedo que tenía a ser descubierto le impidió explorarla como hubiera querido.

Tras recorrer el *Siq*, el desfiladero por el que se accede a la ciudad desde el este, llegó hasta el *Khazneh*, el más famoso monumento de Petra, cuya visión le impresionó hasta el punto que no pudo evitar entrar en él y comenzar a tomar notas y dibujos de todo lo que contemplaba en su diario. Desde este momento despertó las sospechas de su acompañante, pues los beduinos creían que el *Khazneh* lo había construido un gran mago, un antiguo faraón, para depositar allí sus riquezas y un devoto creyente que acudía a llevar a cabo un sacrificio no debía mostrar interés por él, si no quería ser considerado un buscador de tesoros. De hecho, el *Khazneh*, como tantos otros monumentos de Petra, conserva, todavía hoy, el nombre que estos beduinos le pusieron: “*Khazneh al-Farun*” o “Tesoro del Faraón” y conserva igualmente las señales de los disparos que los beduinos realizaron sobre la urna que corona el monumento, esperando recibir una lluvia de oro.

Continuaron la marcha a través de los restos de la ciudad, con algunas paradas y desvíos de su ruta que Burckhardt no podía justificar pero tampoco evitar, pues el interés por las ruinas que contemplaba era mayor que el miedo que sentía. Seguía tomando notas a escondidas de su guía, temiendo siempre que su actitud le acarrearla la muerte. Finalmente, agotado por la tensión y excitado por su maravilloso descubrimiento, llegó hasta el pie de la montaña de Aarón en cuya cima se encuentra la supuesta tumba del profeta y decidió hacer allí mismo el sacrificio y regresar para ponerse a salvo.

Este día memorable fue el 22 de agosto del año 1812 y Burckhardt escribió en su diario: “*Parece muy probable que estas ruinas sean las de la antigua Petra*”. Después de esta jornada histórica, Burckhardt se dirigió a Egipto para emprender por fin su expedición. Tras varios años de esforzados trabajos, en 1817, murió de disentería y fue enterrado por voluntad propia en el

cementerio de El Cairo, bajo el nombre que había usado a lo largo de sus viajes, el del peregrino Ibrahim ibn Abdallah. El relato de su descubrimiento quedó reflejado en su obra: *Viajes por Siria y Tierra Santa*, publicado en 1822 por la “Asociación para promover el descubrimiento de las regiones interiores de África”, la misma institución británica que le había enviado allí. En aquella época el romanticismo imperaba en Occidente y semejante descubrimiento despertó rápidamente el interés de muchos otros viajeros europeos que, llevados por la curiosidad y la fascinación que ejercía todo lo “oriental”, acudieron hasta allí afrontando el peligro de los hostiles beduinos que vivían en Petra de un modo muy similar al de los antiguos nabateos. Los relatos escritos por estos viajeros, que en muchas ocasiones contenían mapas, dibujos o grabados y, más adelante, fotografías¹, contribuyeron a que Occidente conociera cada vez mejor esta maravillosa ciudad, aunque se trataba en realidad de meras descripciones, adornadas en muchas ocasiones con tintes fantásticos que parecían sacados de las “Mil y una noches”. A pesar de todo, la lectura de estos primeros libros contagia el entusiasmo y la admiración que transmiten sus autores.

Inspirados por su propia imaginación, ellos fueron los primeros en poner nombres a las tumbas, como la “Tumba de la Seda”, la “Tumba Corintia” o la “Tumba Renacimiento”, y también los que recogieron las leyendas que la tradición beduina había elaborado sobre algunos de los monumentos de Petra. Asimismo, gracias a ellos, se puede constatar cómo algunos monumentos que se encontraban en buen estado de conservación han sufrido una gran erosión desde entonces, e incluso otros han desaparecido, como el arco que estaba situado a la entrada del *Siq*.

Ya en el siglo XX comenzaron las nuevas exploraciones de Petra, guiadas por un afán más científico y dejando atrás el espíritu aventurero y romántico que había imperado hasta entonces, y los resultados, plasmados en diversos libros, transformaron poco a poco la imagen que se tenía de la ciudad. A comienzos de siglo, los alemanes R.E. Brünnow y A.V. Domaszewski escribieron lo que hoy día se considera la gran obra “clásica” sobre Petra, *Die Provincia Arabia*², que incluye un catálogo ordenado de toda la antigua ciudad, con mapas que incluían la ubicación, descripción y clasificación de más de ochocientos monumentos, sobre todo funerarios, identificados cada uno por un número. Ellos fueron los primeros en abordar una tarea de este tipo, abriendo así el camino a otros estudiosos posteriores, y el inventario que establecieron sigue utilizándose hoy día.

Durante la I Guerra Mundial quedaron interrumpidos estos primeros trabajos monumentales de exploración, documentación, descripción, clasificación y cartografía, pues Petra llegó a ser escenario de batallas, como la librada en la entrada del *Siq*, en la que combatió el célebre Lawrence de Arabia contra el ejército turco. Una vez acabada la guerra, las circunstancias políticas en la zona cambiaron con la desaparición del Imperio Otomano y la creación del estado independiente de Transjordania bajo control británico, lo que permitió que se reanudaran las actividades en Petra. En 1921, un equipo alemán integrado por Th. Wiegand, W. Bachmann y C. Watzinger, publicó una nueva obra sobre Petra³ que incluía un completo mapa del centro de la ciudad, dibujado por Bachmann, que aún se reproduce en muchas publicaciones modernas a pesar de que incluía algunos edificios, como el llamado “Palacio Real”, que todavía no se han encontrado.

Sir A. Kennedy intentó en su monografía *Petra, Its History and Monuments*⁴ (1925), simplificar y sistematizar el monumental catálogo de Brünnow y Domaszewski, estableciendo una nueva clasificación de las tumbas de acuerdo con criterios estilísticos. Kennedy inauguró también una nueva forma de contemplar y analizar Petra al incluir en su libro fotografías aéreas de la ciudad, tomadas por la “Royal Air Force”.

Con estos trabajos se cierra la era de la exploración, búsqueda y catalogación exhaustiva de los vestigios visibles, pues en 1929 comenzaron las excavaciones arqueológicas, que han continuado desde entonces hasta nuestros días.

El primer arqueólogo que excavó en Petra, dirigiendo sucesivas campañas entre 1929 y 1936, fue el británico George Horsfield, entonces Director General del Departamento de Antigüedades de Palestina. Como resultado de los trabajos efectuados durante estos años cabe destacar, sobre todo, un logro importante: se identificó la cerámica nabatea, demostrando así la existencia de una cultura

¹ Francis Frith realizó las primeras fotografías de Petra en el año 1860

² Brünnow, R.E. y Domaszewski, A.V., 1904-1909, *Die Provincia Arabia*, Estrasburgo, K.J. Trübner.

³ Bachmann, V., Watzinger, C. y Wiegand, Th., 1921, *Petra*, Berlín, De Gruyter.

⁴ Kennedy, A., 1925, *Petra Its History and Monuments*, Londres, Country Life.

material original en Petra, previa a la llegada de los romanos⁵, pues la belleza y calidad de los monumentos de Petra hizo creer en un principio que sólo podían haber sido elaborados por una cultura como la romana, y todavía hoy día se sigue hablando, por ejemplo, de la “Tumba del Soldado Romano” -una de las más destacables de Petra- aunque sea una obra nabatea.

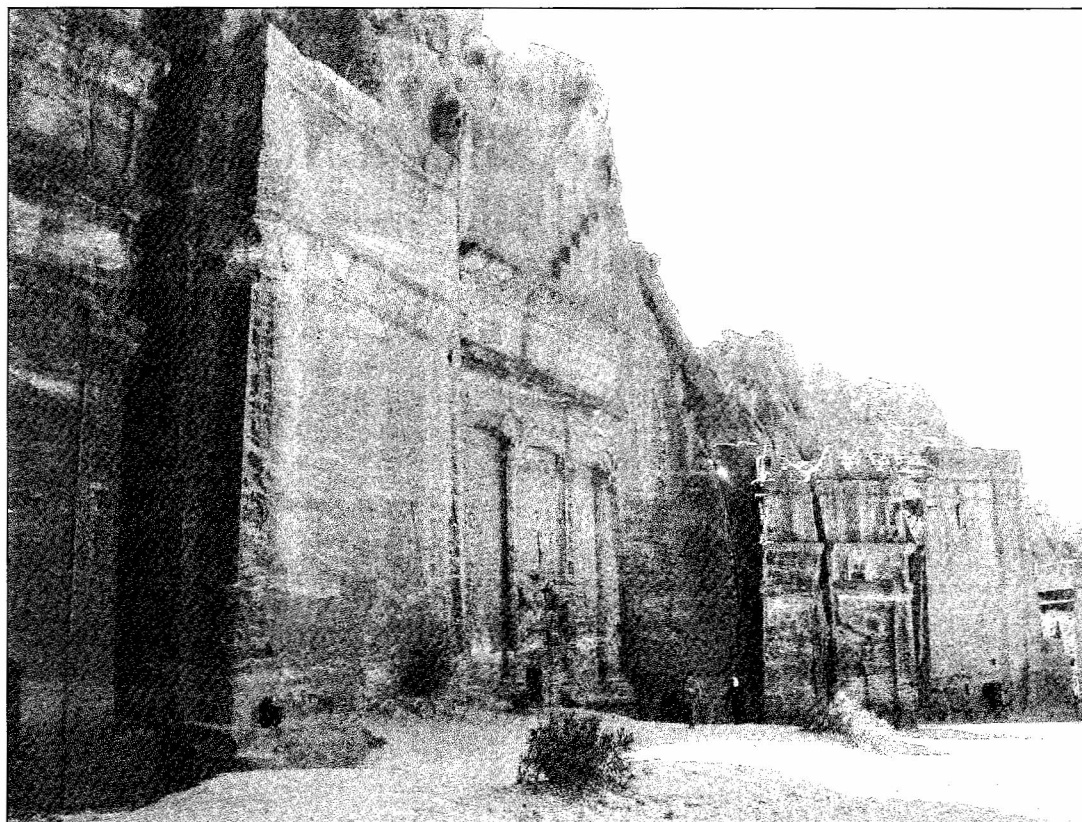


Fig. 1. Tumbas de Petra. Siq Exterior.

El primer arqueólogo que excavó en Petra, dirigiendo sucesivas campañas entre 1929 y 1936, fue el británico George Horsfield, entonces Director General del Departamento de Antigüedades de Palestina. Como resultado de los trabajos efectuados durante estos años cabe destacar, sobre todo, un logro importante: se identificó la cerámica nabatea, demostrando así la existencia de una cultura material original en Petra, previa a la llegada de los romanos⁶, pues la belleza y calidad de los monumentos de Petra hizo creer en un principio que sólo podían haber sido elaborados por una cultura como la romana, y todavía hoy día se sigue hablando, por ejemplo, de la “Tumba del Soldado Romano” -una de las más destacables de Petra- aunque sea una obra nabatea.

G. Horsfield excavó también, junto con Agnes Conway y el americano William Foxwell Albright, un torreón defensivo situado en el sector norte de Petra, conocido desde entonces como el “Lugar Alto de Conway o “Torre Conway”, lo que supuso el primer paso para el conocimiento de los sistemas de defensa de la ciudad. Asimismo, acompañado por M. Murray y J.C. Ellis, excavó un sector de casas rupestres nabateas situado en el wadi Abu Ollegah, constatando que los habitantes de Petra excavaron las paredes rocosas no sólo para utilizarlas como tumbas, sino también como viviendas⁷.

La Segunda Guerra Mundial interrumpió los trabajos arqueológicos en Petra, que se reanudaron en 1954 bajo los auspicios del Departamento de Antigüedades del recién creado Reino

⁵ Horsfield, G. y Conway, A., 1937, “Sela-Petra, the Rock of Edom and Nabatene. The Finds”, *QDAP*, 7, pp. 1-60.

⁶ Horsfield, G. y Conway, A., 1937, “Sela-Petra, the Rock of Edom and Nabatene. The Finds”, *QDAP*, 7, pp. 1-60.

⁷ Murray, M.A. y Ellis, J.C., 1949, *A Street in Petra*, Londres, British School of Archaeology in Egypt.

Hachemita de Jordania. P.J. Parr y D. Kirkbride de la Escuela Británica de Arqueología en Jerusalén, trabajaron en el centro de la ciudad, donde encontraron restos de la más antigua ocupación nabatea conocida, fechada en el siglo III a.C.⁸

Desde entonces, las excavaciones se han sucedido hasta nuestros días, contando con la colaboración internacional, europea y americana, a la que se unen las tareas que realiza el Departamento de Antigüedades Jordano. Los hallazgos más destacables se han producido sobre todo en las dos últimas décadas, durante las que han salido a la luz nuevos edificios nabateos, romanos y bizantinos que han transformado la imagen de la ciudad. También se está elaborando una nueva carta arqueológica de Petra, tarea muy necesaria para renovar y mejorar las existentes, que datan de comienzos de siglo.

La imagen histórica

¿Quiénes eran estos nabateos que crearon la ciudad de Petra? Eran tribus árabes nómadas que emigraron probablemente desde el sur de la Península Arábiga hacia el norte, hasta llegar a la actual Jordania donde se instalaron y sedentarizaron. La fecha de esta emigración se desconoce, pero a fines del siglo IV a.C. ya llevaban una existencia seminómada en la región donde más tarde surgiría la ciudad. Era la época de creación de los reinos helenísticos surgidos tras la repartición del Imperio de Alejandro Magno, de manera que las culturas vecinas fueron el reino helenístico Seléucida, el Ptolomeo de Egipto y el reino judío.

A mediados del siglo II a.C., los nabateos ya habían terminado el proceso de sedentarización⁹, habían creado la ciudad y habían formado un reino, el Nabateo, cuya capital era Petra, desde donde gobernaba una dinastía real. Petra era una ciudad caravanera y su riqueza se basaba principalmente en el comercio. De ahí que la política exterior que llevaron a cabo tendiera a controlar y mantener estables los territorios por los que transcurrían las rutas comerciales de las que dependía su riqueza.

Guiados por estos intereses comerciales, los nabateos evitaban entrar en guerra, pero aprovechaban cualquier situación favorable para continuar la expansión de su reino hacia el norte. En el siglo I a.C., el reino nabateo alcanzó sus máximas cotas de expansión en esta dirección norte, llegando a incluir dentro de sus fronteras la ciudad de Damasco. Pero en este mismo siglo I a.C., el ejército romano intervino en Oriente poniendo fin al reino helenístico Seléucida y creando en su lugar la provincia romana de Siria. El reino nabateo, por el contrario, continuó existiendo pero aunque mantuvo formalmente su independencia se convirtió en un reino cliente de Roma. Y esta situación se prolongó hasta que en el año 106 d.C., el emperador romano Trajano acabó con la existencia del reino nabateo al incorporarlo al Imperio Romano como la nueva provincia de Arabia.

Ahora bien, a pesar de que el ser un reino cliente suponía la aceptación de los intereses de Roma en la zona, tanto el siglo I a.C. como el I d.C. constituyen la “edad de oro” o el período de mayor esplendor de Petra y el reino nabateo.

La imagen que las fuentes antiguas¹⁰ nos ha transmitido de los nabateos es la de un pueblo fundamentalmente comerciante, que controlaba el tráfico de caravanas que discurría por la región: Petra fue una de las ricas “ciudades caravaneras” que existieron en el Mundo Antiguo y gracias a su contacto con diferentes pueblos y culturas, occidentales y orientales, absorbió de ellos costumbres ajenas en principio a su propia tradición. Esto es apreciable especialmente en el arte nabateo que incluye elementos como los capiteles corintios, frisos y relieves tomados del arte clásico. Pero se percibe igualmente en la religión, como veremos más adelante.

Junto a estos préstamos cabe destacar aspectos propios como la creación de su propio sistema de escritura: la nabatea. Se han recopilado hasta el momento más de tres mil inscripciones escritas en nabateo, aunque en la propia ciudad de Petra se han encontrado relativamente pocas, casi todas muy breves, de carácter religioso y correspondientes a la etapa monárquica, concretamente a los reinados de los últimos reyes nabateos. De manera que, en la mayoría de los casos, el interés de las

⁸ Parr, P.J., 1960, “Excavations at Petra”, *PEQ*, 92, pp. 135 y ss. Kirkbride, D., 1960, “A Short Account of the Excavations at Petra in 1955-56”, *ADAJ*, 4-5, pp. 117-122.

⁹ *Vid.* Estrabón, XVI, 4.

¹⁰ Diodoro de Sicilia, Estrabón y Flavio Josefo son las fuentes principales que hablan de los nabateos, de Petra y sus habitantes.

inscripciones nabateas halladas en Petra radica en el hecho de que fueron escritas por sus propios habitantes, más que en el provecho de la información que contienen.

Porque los nabateos aparecen mencionados en pocas ocasiones en las obras de los autores antiguos y no se han conservado -o hasta el momento no se han encontrado- textos históricos escritos por ellos mismos, de manera que la Arqueología es nuestra fuente principal para conocer su cultura. Conocemos la existencia de varias ciudades del reino, de los puestos caravaneros que protegían y acogían a las caravanas que recorrían las rutas bajo su control así como de algunos santuarios, pero sin lugar a dudas Petra, la capital del reino, es la que más información ha proporcionado.

Sin embargo, a pesar de las excavaciones llevadas a cabo desde el siglo pasado y aunque en las dos últimas décadas se han incrementado en gran medida, más del 80% de Petra sigue enterrado bajo la arena. De ahí que la apariencia de esta ciudad, tal y como la podemos contemplar hoy día, sea diferente de lo que debió ser en realidad, pues junto a la arquitectura rupestre -que constituye su imagen característica- faltan la mayoría de los edificios construidos.

La imagen de la ciudad

Petra está situada en un valle rodeado por montañas y cerros de arenisca que la ocultan y constituyen su defensa natural. Y aprovechando esta peculiar orografía y la relativa facilidad con que se trabaja la piedra arenisca, los nabateos excavaron las paredes rocosas para elaborar sus tumbas y viviendas.

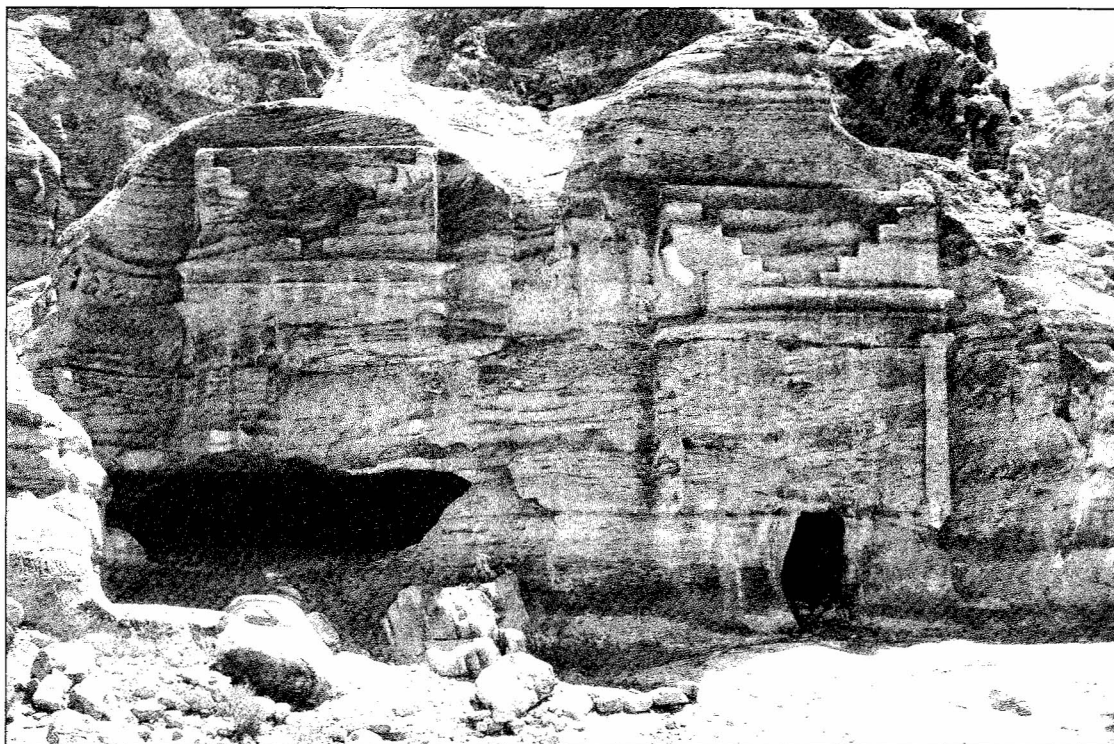


Fig. 2. Tumbas de Petra. Mughur an-Nasara.

Las casas parecen simples cuevas desde el exterior y su interior tiene forma más o menos cuadrada, con las paredes y el techo alisados. En ocasiones, estas paredes interiores están talladas con estrías oblicuas, dispuestas de forma perfectamente regular que debían servir como base para situar encima una capa de yeso o estuco sobre el que, finalmente, se pintaría, decorando así la casa. También conservan nichos y alacenas que servirían para colocar el ajuar doméstico.

En los modelos más complejos, la vivienda contaba con varias estancias cada una dedicada a una función (dormitorio, sala de reunión o banquetes, cocina, almacén), contiguas o situadas cerca unas de otras, con un recinto abierto o patio delantero situado delante de la estancia principal. A

veces, las distintas habitaciones están ubicadas a diferentes alturas, comunicadas mediante escalones (dependiendo de las posibilidades que ofreciera la pared rocosa escogida).

Se han catalogado en Petra unas quinientas cincuenta viviendas rupestres de todo tipo, un número no demasiado elevado si tenemos en cuenta los habitantes que pudo tener la ciudad en su período de mayor esplendor, entre el siglo I a.C. y el I d.C. Este tipo de habitación rupestre fue el primero en ser utilizado por los nabateos, pero no fue el único pues los petrenses vivieron también en casas construidas (una de ellas, az-Zantur, está en proceso de excavación actualmente).

En cuanto a las tumbas, existen en Petra más de setecientas tumbas rupestres junto a cientos de tumbas más sencillas, excavadas en el suelo. Lo elevado de su número y su presencia claramente visible, frente a otro tipo de monumentos que permanecen aún enterrados bajo la arena, las ha convertido -como decíamos antes- en la imagen de Petra.

Las tumbas rupestres se excavaron en las laderas de las montañas y colinas que rodean la ciudad y sus dimensiones varían considerablemente. Todas ellas son anónimas pues carecen de inscripciones que indiquen quién o quiénes estaban enterrados allí. Las más sencillas son las que carecen de decoración en el exterior; a simple vista pueden parecer cuevas o confundirse con las viviendas, pero en su interior se encuentra la cámara funeraria con *loculi* o tumbas de fosa, o bien una combinación de ambas.

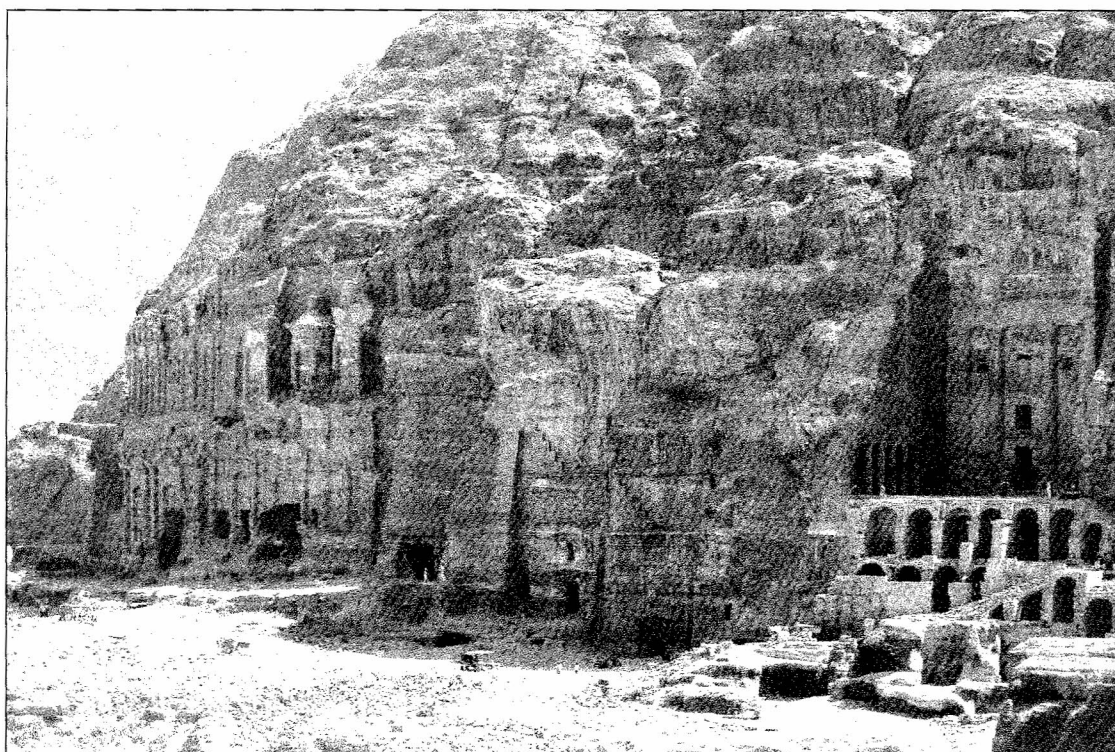


Fig.3. Tumbas reales. Petra.

En cambio, las llamadas “tumbas de fachada” tienen el frente adornado y son las más bellas y monumentales de Petra. Algunas familias petrenses quisieron dejar testimonio de su riqueza y condición social a través de estos monumentos funerarios, que aún hoy día resultan impresionantes. Un adorno muy común son los “merlones escalonados” (similares a las almenas de los castillos), dispuestos en una o dos filas ocupando la parte superior de la fachada. Se cree que éste es un motivo de origen asirio, que aparece también en su variante de “medios-merlones”. Otro motivo decorativo es el denominado “de arco”, menos abundante y que aparece sólo en tumbas de pequeñas dimensiones. Finalmente, están las “tumbas templo”, llamadas así porque la decoración de su fachada recuerda la de un templo clásico. Además, otros elementos suelen ocupar parte de la fachada, como columnas o pilares enmarcando la puerta de entrada a la cámara funeraria adornados con capiteles, nichos de diversos tamaños, relieves, frisos y, en contadas ocasiones, estatuas. Todos ellos completan la decoración de las tumbas de fachada, que muestran una combinación de rasgos

propios (como el característico capitel nabateo) junto con otros tomados de culturas orientales y occidentales.

En la cámara interior (con *loculi* y fosas) no suele existir decoración, pero las paredes -como las casas- conservan el estriado que servía como base para colocar encima una capa de estuco o yeso, sobre el que probablemente se pintaba.

Las tumbas rupestres más destacadas son las llamadas “Tumbas Reales”, situadas en la ladera de al-Khubtha, una de las principales montañas que rodean Petra por el este. En realidad, no se sabe si sirvieron o no para enterrar en ellas a los reyes, ya que son anónimas, pero destacan por su tamaño y también por su decoración. Las principales son la Tumba de la Urna, la Corintia y la Palacio.

No se puede acabar esta breve enumeración de monumentos rupestres de Petra sin mencionar el *Khazneh*, el más emblemático de todos ellos. Está situado al final del *Siq*, el desfiladero por el que se accede hoy día a Petra y es una de las obras de la Antigüedad más popularmente conocida. Los beduinos denominaron *Khazneh al-Farun* o “Tesoro del Faraón”, pues según la leyenda, un antiguo faraón había depositado sus riquezas dentro de la urna que remata el frontispicio, para evitar que fueran robadas.

Su fachada, profundamente esculpida en la pared rocosa (lo que ha contribuido a su conservación) mide 40X28 m y consta de dos partes; la inferior recuerda la de un templo clásico con columnas que sustentan un frontón triangular y la superior consta de dos estructuras que sustentan un frontón partido y enmarcan un *tholos* circular. Toda la fachada está profusamente decorada con relieves y esculturas entre las que destacan la diosa Isis-Fortuna, Amazonas, Victorias aladas y los Dióscuros Cástor y Pólux. El interior, enorme, consta de tres salas, dos laterales y una central, que están completamente vacías. Por eso, la función y la cronología del *Khazneh* han sido muy discutidas, pero hoy día se cree que se trata de un monumento funerario (quizás un cenotafio, dado que no se han encontrado enterramientos), construido bajo el reinado del rey nabateo Aretas IV (9 a.C.-40 d.C.).

Aspectos de la religión nabatea

Los nabateos eran politeístas y su panteón estaba compuesto por numerosos dioses y diosas a los que representaban en forma de betilo, una piedra sagrada rectangular que puede tener un tamaño variable (desde unos pocos centímetros hasta más de un metro) y no suele presentar ningún adorno ni imagen, simplemente se les tallaba en su parte inferior, en ocasiones, un asiento o base, llamado *motab*. Sin embargo, hay excepciones, pues algunos incluyen ojos, nariz y boca, es decir, rasgos antropomórficos esquemáticos. En Petra los betilos aparecen por doquier, tallados en las paredes rocosas, bien aislados o en parejas, tríos o grupos de varios, solos o enmarcados en un nicho más o menos elaborado.

Además de estos betilos rupestres tallados en la roca los había también transportables, que se llevaban en procesión con ocasión de ciertas ceremonias religiosas.

En la mayoría de las ocasiones lo único que conocemos de los dioses nabateos es su nombre, que aparece en las inscripciones, pues no se conocen mitos ni otro tipo de relatos que nos ayuden a interpretarlos debidamente. El dios principal del panteón es una divinidad masculina, Dushara, al que se concibe como tal porque aparece mencionado en mayor número de ocasiones que los demás, era venerado en todo el reino y aparece mencionado a veces como: “Dushara y los demás dioses”. También estaba asociado directamente con la familia real que gobernaba en Petra: “dios de nuestro señor” o “dios de Rabel” (nombre de uno de los reyes nabateos). Se le considera un dios que reside en lo alto de las montañas, fuente de lluvia y por tanto de la fertilidad y del ciclo estacional de la vegetación.

Junto a él hay una divinidad femenina: al-Uzza (la más fuerte, la poderosa), diosa de la fertilidad que parece ser su pareja y, de hecho, en numerosas ocasiones las parejas de betilos se identifican con Dushara y al-Uzza.

Otros dioses nabateos son Allath, la gran diosa de los pueblos árabes; Manat, la diosa del destino, relacionada con el mundo de los muertos y Shay al-Qawn, el dios que “acompaña a la tribu” o “el que conduce al pueblo”, que parece ser el protector de las caravanas, o un dios con connotaciones guerreras según otros.

Además, la influencia helenística propició que los nabateos divinizaran a uno de sus reyes: Obodas. Inscripciones que mencionan a “Obodas el dios” y un santuario rupestre que se encuentra en Petra consagrado a este monarca lo confirman sin lugar a dudas. Lo que se ignora es si esta divinización se extendió a otros monarcas de Petra o incluso a toda la dinastía real.



Fig.4. Betilo con môtab enmarcado en un nicho. Petra

Junto a los dioses nabateos encontramos otros tomados de los pueblos vecinos, como la diosa siria Atargatis o la diosa egipcia Isis, que aparece representada en uno de los más famosos monumentos de Petra, el *Khazneh* y de la que se conocen al menos dos santuarios en Petra: uno en wadi Waqit, al pie de Jebel Harun, en la ruta caravanera hacia Egipto y otro en wadi as-Siyagh; en ambos aparece sentada en un trono, junto con una inscripción nabatea invocando su nombre. Y también se produjo un fenómeno de identificación de ciertos dioses nabateos con otros similares del panteón griego: Dushara, el dios principal, se identificó con Zeus, con Dionisio (por su relación con la fertilidad y ciclos vegetativos) y con Ares (quizá por homofonía o asonancia con Dusares). Igualmente, al-Uzza se identificó con Atargatis y con Afrodita, diosa griega de la fertilidad.

En realidad, el concepto religioso de los nabateos se debió ver influido, al menos, por dos circunstancias. En primer lugar, el cambio que supuso la sedentarización y la nueva vida urbana que debieron influir en el culto y la propia localización de los lugares de culto. Por otro lado, su contacto con los pueblos vecinos y con sus posteriores dominadores, los romanos, alteró igualmente el panorama religioso, propiciando una mayor complejidad en su panteón. Esto no supuso necesariamente la total desaparición de sus peculiaridades religiosas originales: algunas se conservaron y otras se fusionaron o alteraron hasta convertirse en algo más acorde con las nuevas circunstancias.

La influencia griega, o mejor helenística, afectó también al modo de representar a sus dioses, de forma que junto al betilo aparecen también en Petra representaciones antropomórficas, y afectó

igualmente a los lugares donde se celebraba el culto religioso. Los principales lugares de culto nabateos eran rupestres, entre los que destacan los llamados Lugares Altos. Más tarde, debido a la influencia helenística, los nabateos empezaron a construir templos. Los Lugares Altos eran zonas sagradas, emplazadas en lo alto de colinas o montañas a las que se llegaba por caminos procesionales con escaleras esculpidas en la roca; en la cima se tallaba una explanada o plataforma en donde se situaba un *motab* que servía para colocar el betilo que representaba al dios y que se subía en procesión. También suele haber altares donde se efectuarían los sacrificios en honor de la divinidad, cisternas y triclinios o bancos para que se sentaran los asistentes (todo ello rupestre).

Junto a los grandes espacios de culto público ("Lugares Altos" y Templos), existen también monumentos rupestres de carácter religioso en los que se realizaba un culto de carácter privado. Son pequeños santuarios consistentes en nichos con uno o más betilos en el interior, altares e inscripciones o dedicatorias, que se encuentran repartidos por toda la ciudad, en zonas de paso o en áreas más apartadas. Estos lugares de culto privados pertenecían a familias, o bien a asociaciones culturales o profesionales (*mrzh* en nabateo, *thiase* en griego), que celebrarían allí periódicamente sus ceremonias.

En cuanto a los templos, en Petra se conocen tres (*Qasr al-Bint*, el Gran Templo y el de los Leones Alados), aunque es muy posible que hubiera más. Los tres están situados en la zona central de la ciudad, repartidos a ambos lados del *wadi* Musa y a escasa distancia unos de otros; dos de ellos se han encontrado en sendas excavaciones y el tercero estaba todavía en pie -era el único edificio- cuando Burckhardt visitó Petra.

Ignoramos a qué divinidades estaban consagrados (de ahí sus nombres) porque no existen estatuas ni se han encontrado inscripciones que nos lo indiquen claramente.

El templo de *Qasr al-Bint Faroun* (Palacio de la hija del faraón) debe su nombre a una leyenda beduina que cuenta que en él vivía la hija de un faraón que prometió su mano a quien consiguiera llevar agua hasta el palacio. Muchos lo intentaron pero fracasaron hasta que finalmente uno lo consiguió.



Fig. 5. Templo de *Qasr al-Bint*. Petra.

Siempre se le ha considerado el principal santuario de Petra debido a su excepcional estado de conservación ya que era el único edificio que quedaba en pie cuando los primeros viajeros occidentales visitaron Petra, muchos de los cuales dejaron sus firmas, aún visibles, en las paredes.

Está situado al final de la vía o calle principal de la ciudad, y contaba con un gran *temenos* y un altar escalonado enfrente que está siendo excavado actualmente. Su aspecto recuerda al de un gran cubo pues tiene planta cuadrada (28 X 23 m). Se eleva sobre un podio y cuenta con cuatro grandes columnas en el vestíbulo o pórtico. En el interior, la *cella* culmina en un triple *adyton* con el central sobreelevado formando una especie de *motab*. Contaba con un piso superior del que apenas quedan restos.

Qasr al-Bint se construyó a fines del siglo I a.C. o comienzos del I d.C. y permaneció activo tras la anexión romana, hasta el terremoto del año 363 d.C. Como era el único templo que se conocía a comienzos del siglo XX, los primeros estudiosos de Petra lo atribuyeron al dios principal del panteón nabateo, Dushara, teoría que siguen la mayoría de los estudiosos actuales aunque otros piensan en tres divinidades basándose en su disposición interior.

El Templo de los Leones Alados, situado en la ladera norte de Petra, se descubrió tras llevar a cabo la excavación de la zona y debe su nombre a los capiteles adornados con leones alados encontrados en él. Probablemente el templo estaba consagrado a la diosa Al-Uzza pues se ha hallado un betilo con rasgos antropomorfos (ojos, nariz y boca), y la inscripción: “Diosa de Hayyan”, es decir, Afrodita, identificada con al-Uzza (los famosos “leones alados” que dan nombre al templo serían entonces sus símbolos o atributos).

Es más pequeño que *Qasr al-Bint* (26 X 17 m) y su *temenos* era también menor pero no se ha podido reconstruir debidamente pues la pendiente de la ladera se ha visto muy afectada por las torrenceras, de manera que el acceso al templo desde la Vía Columnada que divide en dos el centro de la ciudad no está completo, aunque parece que se salvaba la pendiente de la ladera por medio de terrazas. El pórtico, sustentado en arcos, daba paso a la *cella*, en forma de sala hipóstila, en medio de la cual se encuentra el *motab*, al que se accedía por medio de escalones y bajo el cual hay una pequeña cripta.

El templo se edificó en el siglo I a.C., durante el reinado de Aretas IV y se mantuvo en uso hasta que fue destruido durante el terremoto del año 363 d.C.

El tercer templo de Petra es el llamado Gran Templo del Sur por su tamaño y por estar emplazado al sur, casi enfrente del templo de los Leones Alados. Realmente es el mayor complejo arquitectónico religioso de Petra: unos siete mil metros cuadrados.

Una escalera monumental que parte de la Vía Columnada, lleva hasta un gran patio pavimentado con losas hexagonales, rodeado por sus lados este y oeste por un doble pórtico con columnas; estos dos pórticos acababan en sendas exedras provistas de nichos para colocar estatuas. Desde este nivel, mediante escaleras laterales, se accedía a otro patio superior, o segundo *temenos* igualmente pavimentado con losas hexagonales, en el que se encuentra el templo, tetrástilo *in antis*, de enormes dimensiones (40 X 35 X 19 m), situado sobre un podio. Se trata de un edificio períptero, que contaba con dos escaleras que llevan hasta un *adyton* superior.

Este colosal templo nabateo experimentó una transformación en época romana, a fines del siglo I d.C., pues en su interior se construyó un teatro con gradas en forma de hemiciclo, o más bien un odeón, si se consideran las pequeñas dimensiones de la *orchestra* (seis metros y medio de diámetro).

Su construcción se fecha en el siglo I d.C. y estuvo en uso hasta que el seísmo del año 363 d.C., que tantos daños causó en la ciudad, provocó su derrumbamiento.

En cuanto al culto llevado a cabo por los nabateos para honrar a sus dioses se deduce de los lugares donde éste se desarrollaba. En los Lugares Altos, sacrificios de animales, libaciones, quema de incienso y todo tipo de ofrendas. Y algo parecido debía suceder en los templos, aunque no parece probable que el pueblo accediera a su interior. Una teoría apunta la posibilidad de que se llevaran también a cabo ceremonias de circunvalación en torno a los altares o al *motab* con el betilo que representaba al dios.

Han transcurrido casi ochenta años desde que G. Horsfield comenzara la primera excavación arqueológica y, aunque persisten muchas incógnitas, paso a paso, se está produciendo el verdadero “descubrimiento” de esta antigua ciudad caravanera y de la cultura nabatea. Las dos últimas décadas del siglo XX podrían considerarse, a juzgar por los nuevos descubrimientos, como una “etapa de oro” en la historia de la Arqueología de Petra y, a pesar de las dificultades, es posible que algún día, bajo toneladas de arena y piedra, se hallen los archivos o la Biblioteca de la ciudad, que ayudarían a conocer de manera directa su Historia.

BIBLIOGRAFÍA

Algunos de los primeros libros sobre Petra:

Bachmann, W.; Watzinger, C.; Wiegand, Th. *Petra*, De Gruyter, Berlín, 1921.

Brünnnow, R. E.; Domaszewski, A. *Die Provincia Arabia*, Estrasburgo, K. J. Trübner, 3 vols., 1904-1909 (*Petra*, vol. I, 1904).

Burckhardt, J. L. *Travels in Syria and the Holy Land*, Londres, 1822.

Dalman, G. *Petra und seine Felsheiligtümer*, Leipzig, 1908.

Irby, Ch. L.; Mangles, J. *Travels in Egypt and Nubia, Syria and Asia Minor during the Years 1817 and 1818*, Londres, 1823.

Kennedy, A. B. W. *Petra. Its History and Monuments, Country Life*. Londres, 1925.

Laborde, L. de *Voyage de l'Arabie Pétrée par Léon de Laborde et Linant*. París, 1830.

Murray, M. *Petra, the Rock city of Edom*. Londres, 1939.

Obras generales:

Amadasi-Guzzo, M. G.; Schneider, E. E. *Petra*, Electa. Milán. 1997.

Blánquez Pérez, C. *Petra, la ciudad de los nabateos*, Alderabán. Madrid, 2001.

Browning, I. *Petra*, Chatto & Windus, Londres, 1973.

Hammond, Ph. C. *The Nabateans: Their History, Culture and Archaeology*, "Studies in Mediterranean Archaeology", 37, Ghotenburg 1973.

Healey, J. F. *The Religion of the Nabataeans. A conspectus*, Brill. Leiden. 2001.

Markoe, G. (ed.) *Petra, Lost City of the Nabataeans*, Harry M. Abrams. Nueva York, 2003.

Mckenzie, J. *The Architecture of Petra*, Oxford University Press. Londres, 1990.

Nehme, L.; Villeneuve, F. *Pétra. Métropole de l'Arabie Antique*, Seuil. París, 1999.

Starcky, J. "Pétra et la Nabatène", en *Dictionnaire de la Bible*, Supplement 7. París, 1966, col. 886-1017.